

ENRIQUE CABERO
TRIBUNA LIBRE

Tiempos para la lírica

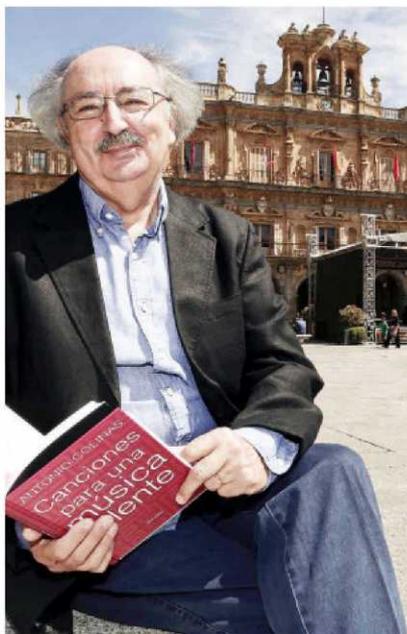
La poesía contornea los sentimientos de tíros y troyanos, de sensibles y duros de pelar, aunque solamente unas pocas personas, no se conoce bien elegidas por quién o quiénes, los dioses o las musas, o vaya usted a saber, alcanzan la condición de poetas. La comunidad de Castilla y León es tierra de poetas, aborígenes o adoptados. El castellano, el español con todos sus acentos, ha adquirido en sus variados paisajes y casas de estudio el rango de lengua poética, uno de los más excelentes de cualquier idioma que aspira en convertirse en vehicular y universal.

La Universidad de Salamanca decidió crear un premio para reconocer a los poetas iberoamericanos, nacidos aquende o allende los mares, que fue respaldado por Patrimonio Nacional. Este premio, convocado por ambas instituciones, se configuró como el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. Fue su primera edición la correspondiente a 1992, año en el que se conmemoró el quinto centenario de la 'Gramática de la lengua castellana' de Elio Antonio de Nebrija, insigne profesor salmanticense. Desde entonces se ha convertido en el galardón más sobresaliente en este ámbito, en una suerte de Nobel de la poesía en español y portugués. La nómina de poetas premiados así lo prueba (<http://premioreinasofia.usal.es>).

La segunda mitad de mayo ha colmado de satisfacciones a los que adoramos la poesía y admiramos a quienes la escriben. Ida Vitale, poeta uruguaya premiada en 2015, presentó la semana pasada la magnífica antología sobre su obra preparada con tal motivo por la profesora María José Bruña Bragado, titulada 'Todo de pronto es nada', una joya de lectura muy recomendable. Dice Vitale que llegó a la poesía por curiosidad y que intimó con ella tardíamente. Bendita sea la curiosidad que la guió y su amor por la palabra.

El 18 de mayo, el jurado otorgó el XXV Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana a Antonio Colinas, el gran poeta leonés, de La Bañeza, ciudadano de Salamanca y del mundo. La noticia me infundió una alegría enorme. Unos días antes tuve la fortuna de asistir a la presentación de sus 'Memorias del estanque', su último libro por el momento, cuya lectura nutre el alma e ilumina un camino, el de la vida, que tantas veces cuesta recorrer. Disfruté asimismo oyendo su voz en aquel acto entrañable y cómo entona las bellas construcciones con las que expresa sus ideas y sentimientos. «Yo fui un niño muerto. El agua me devolvió la vida». «Renacer en el silencio de la luz de la vela. Respirar en el silencio de la luz».

Dicen por ahí los biempensantes de nuevo cuño, aquellos que se erigen en gurús porque se consideran superiores a los demás con grandes dosis de desdén e ignorancia, que el sistema educativo ha de formar para el mercado de trabajo o, en definitiva, para ser mercancía. Afirman sin sonrojo que las lenguas clásicas, la literatura, y no digamos la poesía, y las artes carecen de utilidad. Hasta tachan con pulso firme de los planes de estudios las enseñanzas artísticas y todas aquellas materias que suenen a la apertura de la mente hacia nuevos horizontes o versen sobre el pensamiento. Reivindico la persona libre e igual y exijo por ello, con un poemario en la mano, que dejen de cercenar las capacida-



des humanas y sus anhelos. El sistema educativo en todos sus niveles ha de formar personas y ciudadanos. Únicamente se garantiza de esta manera el progreso en democracia.

La creación cultural actúa como adalid de la imaginación transformadora y también, consiguiendo, de la participación política, la defensa de las ideologías y la revitalización de la ciudadanía, instrumentos imprescindibles para desencorsetar el futuro y recobrar el pluralismo. La lectura deviene en imaginación y esta en poder. Aquello que se imagina nace idealmente y

» No existen tiempos malos para la lírica, nunca ha habido revolución sin poesía y nunca se ha conquistado la libertad sin inteligencia emocional

se encuentra en condiciones de hacerse realidad en un futuro más o menos cercano. De ahí la importancia de la que dispone la literatura para la generación de imaginarios políticos, para la inspiración de modelos y la persuasión, para la acotación de fines y objetivos acerca de la denuncia de situaciones injustas. Precisamente la conquista de lo aparentemente imposible se halla en la base del progreso. La proclamación del derecho a soñar permitirá que despiertos y con realismo pidamos lo imposible, venerado lema blanquiano, dado que lo posible es simplemente lo que existe ahora.

Permítame el lector concluir, desde el hartazgo por la imagen y el lema huecos, así como por la obsesión de los poderosos por convertir la política y el voto en un mero mercado, recordando que no existen tiempos malos para la lírica, que nunca ha habido revolución sin poesía escrita, leída, declamada o cantada y que nunca tampoco se han conquistado la libertad, la igualdad y la solidaridad sin inteligencia emocional.



Enrique Cabero Morán
profesor titular de la Universidad de Salamanca